

DE BIBLIOTECAS Y BIBLIOTECARIOS

JUAN PABLO FUSI AIZPURUA

Ex director de la Biblioteca Nacional

(Agradecemos a su autor y a la Asociación de Bibliotecarias y Documentalistas de Guipúzcoa la posibilidad de presentar en EDUCACION Y BIBLIOTECA el presente artículo)

La amabilidad de la Asociación de Bibliotecarios de Guipúzcoa, y de su presidente, Iñigo Sanz de Ormazábal, hizo posible que, aun no siendo yo ya director de la Biblioteca Nacional, participará en las III Jornadas de Bibliotecas Públicas, organizadas por aquella asociación en San Sebastián, en los días 11, 12 y 13 de mayo. Permitáseme que, a mi vez, recoja ahora en este artículo lo que dije en mi intervención en dichas jornadas, aunque sólo sea porque mis palabras quisieron ser un homenaje a los bibliotecarios —en este caso a los de Guipúzcoa— por razones que creo deben ser conocidas.

Y es que en efecto, nuestra época es inimaginable sin libros y, por tanto, sin bibliotecas. Ortega y Gasset llegó a decir que escribir la historia del bibliotecario y del libro equivaldría a trazar una verdadera historia del mundo occidental. Jorge Luis Borges, una vez ciego, se figuró el paraíso bajo la especie de una biblioteca. Yo prefiero pensar, como Víctor Hugo, que la biblioteca es más que nada un acto de fe. Fe, para enfrentarse a dificultades intimidantes: trabajo ingente, presupuestos y personal escandalosamente insuficientes, problemas tristemente comunes a todas las bibliotecas. Fe, para creer que el hombre contemporáneo todavía tiene necesidad de los libros, o pasión y gusto por ellos. No sé de donde sacan los bibliotecarios esa fe. Tal vez es que creen, aunque inconscientemente, que la sociedad democrática es, como dijo Ortega, hija del libro y, por tanto, de la biblioteca.

Las bibliotecas las hacen los bibliotecarios. Con mucho juicio, el diccionario de autoridades de la Real Academia Española publicado en 1726 decía del oficio de bibliotecario que «es empleo de mucha estimación y confianza y que requiere mucha erudición y doctrina para obtenerla». Nada más justo. Los bibliotecarios, además, no han hecho sino ganar en erudición y doctrina desde 1726. Son pieza esencial en la educación bibliográfica de un país y en la difusión y popularización de la cultura; son, para usar una vez más palabras de

Ortega y Gasset, el filtro entre el torrente de libros y el público y son, además, historiadores del libro y, por ello, de la vida intelectual y de la cultura.

Y, sin embargo, desde la perspectiva española y me temo que también desde la óptica vasca y guipuzcoana, uno no puede sentir sino preocupación. La sociedad no reconoce como merece el trabajo que a su servicio realizan los bibliotecarios: sus salarios son insuficientes y su rango funcional o laboral es agraviantemente inferior a su calidad profesional y a su valía intelectual. La realidad bibliotecaria de nuestro país es desoladora. Duele decirlo porque se sabe el esfuerzo que en pro de

“La política bibliotecaria constituye la política más progresiva que en el ámbito de la cultura puede hacerse en la sociedad contemporánea”

las bibliotecas vienen realizando en los últimos años directores generales, directores de departamentos de cultura, concejales y aún, algún equipo rectoral. Pero nuestras ciudades y pueblos, nuestros colegios, escuelas, institutos y universidades siguen siendo flagrantemente deficitarias en bibliotecas y libros. Nuestra situación es un permanente agravio cultural.

Reclamar de los poderes acciones urgentes y eficaces en el ámbito de las bibliotecas: he ahí una reivindicación que debe interesar a todo el mundo de la cultura. La política bibliotecaria debe ser objetivo prioritario de los proyectos y programas culturales de las autoridades universitarias, municipales, autonómicas y estatales. Por una razón, clara y contundente: porque la política bibliotecaria constituye la política más progresiva que en el ámbito de la cultura puede hacerse en la sociedad contemporánea. Dicho sea sin disimulo alguno: construir una sola biblioteca beneficia a la colectividad, sirve a la sociedad, infinitamente más que lo que puedan hacerlo una

decena de exposiciones y actos similares, muchos de ellos brillantes y meritorios sin duda, pero por definición efímeros y fugaces y, lo que es peor, que a veces no son sino meros aspavientos, puro artificio, que malamente sirven a ocultar las escandalosas carencias infraestructurales que padece la cultura en este país.

Las bibliotecas han de ser la gran apuesta de la sociedad democrática: así terminaba, si se me permite la petulancia de citar, un artículo que escribí en diciembre de 1987 —con el que éste de ahora tiene mucho en común—, tras participar en Nueva York en un formidable acto que una de las universidades de la ciudad organizó en honor de la biblioteca y de los bibliotecarios.

Quiero reafirmarme en esas palabras y añadir a ellas una doble apostilla. Primera, que la idea misma de biblioteca es inseparable de otras aspiraciones irrenunciables de la sociedad democrática moderna, como pueden serlo la conservación de la naturaleza, la erradicación de la marginalidad social o la defensa de los derechos humanos, por citar sólo algunas de las cuestiones suscitadas en una reunión de bibliotecarios británicos celebrada en Oxford en el verano del 88. Segunda, que la misión de la bibliotecas y de los bibliotecarios es, o eso creo, una misión de paz. Quiso la casualidad que el último acto que presidí en la Biblioteca Nacional como director de la misma fuese la conferencia, el 23 de abril último, Día del Libro, del Premio Nobel de la Paz Elie Wiesel, sobre «Judaísmo y memoria colectiva». Nada pudo parecerme más oportuno sino que un premio Nobel de la Paz hablase de la conservación de la memoria colectiva en una biblioteca un día del libro. Libros, memoria colectiva, bibliotecas, paz, son para mí término afines.

En eso consistió mi participación en las Jornadas de Bibliotecas Públicas de San Sebastián a que aludía al principio. Mi deseo, ahora, es que estas líneas sirvan para que se entienda bien en qué consiste el trabajo de los bibliotecarios y se les apoye sin reservas en su quehacer.